

Pau A. Monserrat

LA BANCA CULPABLE

Testimonio de un expleado
sobre las malas prácticas comerciales
y cómo protegerse de ellas

Introducción

¿SIRVE DE ALGO LEER ESTE LIBRO?

Yan-kieu dijo: «Tu doctrina me complace, Maestro, pero no me siento con fuerzas para practicarla». El Maestro le contestó: «Los débiles emprenden el camino, pero se detienen a la mitad; tú ni siquiera tienes voluntad para iniciar el camino; no es que no puedas, sino que no quieres».

CONFUCIO

La banca culpable, un título contundente, sin duda. Sin embargo, es fácil que uno piense al instante: «Sí, la banca tiene la culpa, de acuerdo (mucho o poca, según el parecer de cada uno). ¿Y para qué me va a servir leer más si ya comparto la idea?» Por otra parte, probablemente haya personas que desconfíen de lo que en este libro se va a decir, bien por ser banqueros o trabajadores de entidades financieras, bien por sospechar que hay mucha demagogia tras la portada. También podría ser que el lector esté interesado en seguir leyendo sobre todas estas cuestiones que le afectan directamente pero tema encontrarse con un libro más bien de economía y finanzas, que le resultará difícil de entender y arduo de acabar.

Creo que es importante convencer al lector de las bondades de un libro desde el principio, de su temática, enfoque y grado de dificultad. A fin de cuentas, leer lleva tiempo y supone un importante esfuerzo, unos recursos escasos que hay que intentar optimizar. Por tanto, enfrente semejante tarea con el peligro de que sea esta la última página que se lea, pero con la confianza de que, co-

mo mínimo, el que siga no tenga la sensación de perder parte de su preciada vida en una lectura que no le enriquece.

Tal vez lo primero que me interesaría saber si he comprado este libro es quién es el autor. No sus títulos y logros, que también, sino la persona que hay detrás de las palabras impresas. Pau A. Monserrat (qué gracioso resulta hablar de uno en tercera persona) es un economista de mediana edad, con cada vez menos cabello cubriendo su coronilla, ilusionado por tener la oportunidad de ofrecer su punto de vista sobre un tema tan relevante, y que a tantos y de forma tan importante afecta, como es la banca y su actuación respecto a la sociedad que la cobija.

Hace una década tuve la oportunidad de trabajar en el Banco Zaragozano, entidad hoy extinta, y conocer en primera persona qué es lo que se hace en una sucursal bancaria. Me gustaría poder decir que las cosas han cambiado mucho desde esos años pretéritos, pero me temo que si lo han hecho ha sido para empeorar aún más. Un ejecutivo de recursos humanos de la antigua escuela, que daba más miedo que respeto, ya sabía en esa época lo que la banca quería para sus oficinas a pie de calle: convertirlas en meros puntos de venta de productos financieros y que tuvieran un director comercial al cien por cien, quitar al cajero (el humano, porque los automáticos le encantaban) y que el subdirector o apoderado se encargara de las gestiones de pagos, cobros y de las tareas administrativas que no se pudieran derivar a los servicios centrales del banco.

Quédese el lector con esta primera idea, fundamental para entender el resto del libro y la situación que vivimos actualmente: los bancos no asesoran, venden. Por tanto, al banco (o caja) se va a comprar productos financieros, ni más, ni menos.

Trabajar como bancario sería algo fascinante salvo por un detalle: ser bancario no es ayudar a tus clientes a que ganen dinero (o pierdan el mínimo posible), sino conseguir que tu entidad financiera lo gane y esté contenta con tu trabajo, para no acabar despedido. Y en una proporción muy elevada de bancos y cajas se premia la labor comercial a corto plazo, ascendiendo al personal que coloca los productos que los directivos deciden más convenientes para los intereses de la entidad, no los que los clientes necesitan. Hace diez años poca gente me habría creído. Hoy en día sería difícil rebatirme, por desgracia.

He tenido una vida laboral bastante rica (no de dinero, os lo aseguro) y he podido conocer otros puntos de vista del sector financiero trabajando como agente de entidad de crédito de Bankinter o como intermediario financiero, esas «malvadas empresas» que se comen a los niños y arruinan a los incautos que tramitan hipotecas con ellos. Por tanto, además de estar detrás de la silla de una oficina atendiendo a los ahorradores y a los endeudados, he visto qué es estar al lado de la banca (un agente financiero viene a ser un socio del banco) y enfrente, como intermediario hipotecario. Y la he sufrido en mis propias carnes, como cualquiera que tenga una cuenta corriente, un dinero ahorrado o un préstamo hipotecario.

Mi análisis de la realidad bancaria proviene, como es lógico, de mi propia experiencia. Por tanto, no pretendo tener la razón absoluta, ni mucho menos. Con ayudaros a tomar buenas decisiones financieras me doy por recompensado. Me gustaría poder analizar de forma crítica, además del trabajo de los bancarios en sucursal, el de los banqueros en sus despachos de marfil. A fin de cuentas, los empleados de banca son ejecutores de lo que los directivos deciden y, por tanto, mucho más responsables de lo que está ocurriendo que los primeros. Lamentablemente, o afortunadamente en

cuanto a independencia se trata, no conozco ni tengo experiencia de la labor de los banqueros, solo de las consecuencias de sus actos. Seguramente algún día verá la luz una obra de algún banquero arrepentido, pero de momento tendrá que esperar el lector y conformarse con la de un bancario raso venido a menos.

Resulta inquietante que a estas alturas de la película, con miles de afectados por prácticas bancarias poco éticas (o directamente ilegales en múltiples casos), no surjan apenas voces de banqueros defendiendo su trabajo y buen hacer, que los habrá. El oscurantismo es un mal a erradicar de nuestras entidades financieras. Una sociedad moderna requiere bancos transparentes. Personalmente mi granito de arena para iluminar las trastiendas financieras consiste en llevar desde el año 2007 escribiendo sobre economía y finanzas en numerosos portales y bitácoras de Internet como responsable de contenidos de varios comparadores financieros *online*, aparecer en programas de TV como *Salvados* y *La sexta columna* de La Sexta o *El gran debate* de Telecinco, en radio y en prensa escrita. La información financiera no tiene por qué enseñarnos la verdad; pero sin ella, la verdad huye de nosotros.

Ahora que me conocéis mejor, alopecias aparte, es el momento de contestar a vuestras lógicas inquietudes.

La banca tiene la culpa. ¿Y qué?

Mucha gente tiene claro que los bancos (a partir de ahora usaremos el término «banco» para referirnos a bancos privados y cajas de ahorros, particularizando cuando sea necesario) tienen la culpa de la crisis financiera que estamos viviendo, en mayor o menor medida. Si cree que lo que va a leer a partir de ahora es un opúsculo sobre las maldades de este tipo de agente económico y poco más, segu-

ramente no le merezca la pena seguir adelante. Comparto la conclusión preliminar, que espero demostrar que no se cumple.

La maldad no es una propiedad intrínseca de este tipo de institución financiera, en absoluto. Un banco es un agente económico necesario para el buen funcionamiento de la economía; capta ahorro y lo transforma en financiación para el consumo y la inversión de familias y empresas, además de nutrir de recursos al sector público cuando lo necesita. Pese a que el título del libro es *La banca culpable*, no es la banca la culpable, sino los banqueros y bancarios que han hecho mal su trabajo, que han perjudicado a la gente que dependía de ellos y a la sociedad en su conjunto. Con nombres y apellidos, muchos de los cuales, como me temo, jamás purgarán sus faltas. No se pretende demonizar a las entidades financieras; no es este el objetivo primordial de esta obra. Es un grito de indignación, sin duda, un lamento severo hacia un sistema financiero que ha sido mal gestionado, colocando productos financieros tóxicos para sus clientes. Sin embargo, es la justicia quien debe juzgar y castigar en cada caso. En nuestras manos está señalar la culpa, pero no juzgar a los culpables.

Esta rabia no pretende ser un simple ejercicio de desahogo emocional, sino que busca remover conciencias, no solo del pueblo, sino de la clase gobernante y de los gestores bancarios; más aún, intuyo que identificar y castigar a los culpables, personas y procesos es la única forma de avanzar hacia una nueva banca, una banca que entienda que su negocio no es solo generar dinero y aumentar sus beneficios contables año a año, sino producir riqueza y bienestar real mediante su actividad.

En muchas ocasiones he oído decir que tan culpables son los bancos que dejaron dinero como los clientes que lo pidieron. O bien que ya sabía el ahorrador que determinado producto financiero era peligroso, que nadie da duros a cuatro pesetas. No pue-

do estar más en desacuerdo esta forma de pensar que culpabiliza a las víctimas. Si los bancos no saben hacer su trabajo, analizar el riesgo de las operaciones de financiación (sean préstamos hipotecarios, créditos al consumo o productos de activo para empresas), y los clientes deben saber más que ellos, no necesitamos para nada a este tipo de agente económico. El equipo técnico y humano de un banco tiene la capacidad de otorgar crédito con la debida diligencia, y si se ha equivocado de forma sistemática, es el banco el verdadero culpable. También es responsable de que miles de ahorradores que no estaban dispuestos a asumir riesgos en sus inversiones, muchos pensando que contrataban un depósito a plazo fijo, se hayan dado cuenta de que tienen participaciones preferentes perpetuas u otro tipo de producto complejo que jamás habrían adquirido si se les hubiera explicado la letra pequeña.

Echar la culpa a todo el sistema económico en su conjunto es la mejor forma de no encontrar culpable alguno. Aquí sí que pensamos que hay culpables: bancos y personas (banqueros, bancarios, políticos, patronales y sindicalistas, entre otros), con nombres y apellidos, que tomaron decisiones incorrectas, poco éticas o directamente ilegales, en perjuicio de otras.

Notará el lector en este libro una tendencia natural de un servidor a tratar de hacer líquido, vivo y colaborativo lo que él trato. Mi formación literaria empezó con los libros de papel, pero llevo años usando la pantalla para intercambiar ideas y conceptos. Un nuevo mundo que he podido vivir desde sus inicios, en constante evolución y que afecta a la sociedad en su conjunto. Me encantaría poder actualizar las letras que está usted leyendo en tiempo real, adaptarlas a sus intereses y necesidades y, cómo no, discutir con cada uno, aprendiendo y enseñando en el proceso. Disculpen las limitaciones del papel, si bien se debe apreciar que la inmutabilidad de la letra impresa ofrece una comunicación mucho más

personal, intensa e íntima. Eso aparte de que todos los errores y equívocos que cometa no pueden ser corregidos. Dicho esto, tengo la tentación de dejar de escribir y dedicarme a otros menesteres: denme un rato para que me recupere de tamaña responsabilidad.

Recuperado vuelvo, no por mi convencimiento de que no erraré en mis discursos, sino fruto de una cierta inconsciencia que cultivo desde hace unos años, que me ha enseñado a ser más libre y, en cierta manera, más sincero. La sinceridad suele estar en conflicto con la perfección. Mi tendencia a ver la comunicación escrita de forma líquida o más bien como un estado plasmático, sin forma definida salvo que esté bajo los efectos de un campo electromagnético que le conmina a formar estructuras, me lleva a completar este capítulo cuando se supone que ya está terminado el libro. Pero queda tiempo para completarlo, siempre queda tiempo hasta que abras esta página. Santiago Niño Becerra, catedrático de Estructura Económica en la Universidad Ramón Llull de Barcelona, publicó un artículo en la bitácora «La Carta de la Bolsa» titulado «¡No estoy de acuerdo!», que vale la pena comentar, dado que se refiere directamente a la culpa y los culpables de las entidades financieras. Un fragmento que puede resumir su discurso sobre el tema es el siguiente:

«La verdad pura y dura, la verdad amarga, es que estos horrores que ahora se denuncian fueron prácticas y procederes alabados en el pasado porque era la única forma de que el planeta creciese, de que España fuese bien, de que la actividad económica siguiese creciendo, los ingresos públicos aumentando, y el modelo de protección social expandiéndose, a fin de que una ciudadanía feliz y confiada consumiese a golpe de crédito, y de que votase lo conveniente en un clima de paz social teñido por tonos de propuestas éticas y responsables.

»Es decir, lo que prácticamente nadie reconoce hoy es que si esos sujetos hoy calificados de irresponsables no hubieran gestionado las entidades financieras como lo hicieron, ni España ni ningún otro país habría crecido lo que creció. Ahora esos individuos pueden ser escarnecidos y lapidados en la plaza pública, pero fue gracias a ellos que “el mundo fue bien”».

Antes de nada quiero constatar que Niño Becerra (tiene mérito que se le tome en serio con estos apellidos) es un gran pensador y sin duda ha estudiado mucho más que yo en materia económica. Por otra parte, en sus escritos públicos usa argumentaciones contundentes con un claro efecto mediático, que sin duda matiza en su labor académica. Por otra parte, siendo polémico uno alcanza una cierta notoriedad mediática que el catedrático sin duda tiene. Por tanto, más que atacar sus opiniones sobre la banca, que no las conozco con suficiente profundidad, contestaré a este escrito porque ayuda a responder la pregunta que he formulado en este capítulo. En mi opinión, la tesis de que mientras los bancos concedían préstamos al consumo, hipotecas y participaciones preferentes «rentables y seguras» nadie se quejaba, es cierta. En parte, cierta. Pero que los ciudadanos, políticos y negociantes seamos ignorantes, perezosos a la hora de analizar la realidad que nos rodea y responsabilizarnos de nuestros actos, y cedamos autoridad a otros aunque ello represente menos libertad propia, no significa que pensáramos que todo iba bien. España no iba bien: lo parecía, que no es lo mismo.

Un país es próspero si crea riqueza, se construyen mecanismos adecuados para que la misma se reparta de forma eficiente y la gente vive mejor (que no significa que posea más bienes) de forma sostenida en el tiempo. Analizar la culpa de la banca, sus errores y disfunciones nos permitirá entender que España no iba bien y, tal vez, no repetir exactamente los mismos errores (al menos las

generaciones que los hemos propiciado o sufrido). El conocido catedrático menciona un concepto que impregna todo este libro, concretamente que «el fallo, por ejemplo, fue considerar que una entidad financiera era nuestra amiga. No lo era, nunca lo fue y nunca lo será. Una entidad financiera hace negocio».

A lo largo de las próximas páginas voy a tratar de explicar no solo que el banco no es tu amigo, que no lo es, sino que tampoco ha sabido gestionar bien su negocio, que pasa irremediablemente por tener clientes contentos y fieles. El banco no es tu amigo, ciertamente, pero no debería volver a ser jamás tu enemigo.

Atacar a la banca es demagogia pura

Lo admito, soy un demagogo. La palabra demagogia, cuyo significado de origen griego viene a ser el de «dirigir al pueblo», se considera un término peyorativo. Implica una forma de convencer a la gente apelando a sus emociones, miedos y esperanzas, usando muchas veces las palabras que quieren oír. A la gente no se llega siempre con la razón, muchas veces más viciada que el sentimiento. Prefiero ser acusado de influir con el sentimiento que engañarlo o confundirlo con argumentos de apariencia lógica y fondo vacío. En mis participaciones como tertuliano en los medios de comunicación acostumbro a encontrarme con economistas, abogados y otro tipo de profesionales que usan argumentaciones técnicas más o menos elaboradas para defender a la banca: que si a nadie le pusieron una pistola en la cabeza para pedir un préstamo, que si los que contrataron participaciones preferentes eran

unos avariciosos a los que les salió mal la jugada, que los bancos no son ONG, que si cambiamos la Ley Hipotecaria las hipotecas serán más caras y un largo etcétera de afirmaciones verdaderas, pero también falaces, tanto en su argumentación inicial como en las conclusiones lógicas que extraen de las premisas. En tales casos no buscan la verdad ni enmendar los problemas, sino defender a unas personas o entidades para que nada cambie y nadie pague por sus errores, salvo el cliente bancario y el contribuyente.

Justamente por esta utilización torticera e interesada de los argumentos técnicos para defender lo indefendible y confundir a la opinión pública, creo que vale la pena informarse con este libro, que sí trata de definir culpas y culpables. No encontrará el lector una verdad absoluta ni la cura de todos los males financieros en las siguientes líneas, pero lo que sí le ofrezco, con la ayuda de opiniones de mucha otra gente, como veremos, es una visión sincera, informada e independiente de la realidad que vivimos. Además del análisis y opinión de lo que está pasando en el sector bancario español, ofreceré información práctica y útil sobre productos financieros, para que sea de ayuda a la hora de tomar decisiones de contratación bancaria. Así nuestras finanzas personales no dependerán solo de lo que nos diga el banco, que, insisto, en ningún caso es nuestro amigo. De hecho, en múltiples ocasiones es el enemigo de nuestra prosperidad económica y salud mental.

Así pues, si todo funcionara perfectamente, criticar a la banca sería demagogia. Ojalá algún día sea yo de verdad un demagogo.

A quién se dirige este libro

Se podría pensar que al hablar de la banca culpable señalamos a sus empleados, los bancarios. Nada más lejos de nuestras intencio-

nes. Muchas veces el profesional de banca también ha sido víctima del sistema, unas maltratado por sus jefes y otras por sus clientes, a los que ha vendido productos que no conocía en profundidad. Este libro interesa a dos tipos de empleados bancarios: el que ha sido un «gran» comercial, vendiendo lo que se le mandaba sin analizar lo que realmente endosaba, obedeciendo a sus directivos; y el «mal» empleado que ha intentado asesorar adecuadamente a su clientela, lo que le valió en muchos casos ser relegado a puestos de menor responsabilidad. Tal es mi interés en dar voz al empleado de banca (al que sigue en activo, al jubilado y al que desgraciadamente ha visto cómo su empleo, que creía de por vida, ha sido amortizado en uno de los múltiples procesos de adelgazamiento de plantillas que vivimos en estos momentos), que además de aportar mis propias vivencias como empleado y las que me han explicado buenos amigos del sector, he invitado a otros profesionales para que expliquen el sentir bancario o den su punto de vista sobre la crisis financiera.

Incluso puede que algún alto directivo de la banca, temido por unos y vanagloriado por otros, un banquero, se interese por lo que se dice de sus negocios. Sin duda esta obra debería remover su conciencia y nuestras palabras hacerle pensar, meditar si realmente tiene motivos para sentirse orgulloso de su trabajo o debería cambiar el sistema. Tal vez parezca un sueño esta posibilidad, pero los cambios se fraguan a partir de lo que hacemos cada uno de nosotros. Y sin los banqueros, los bancos no cambiarán. Y si los bancos no cambian, nuestra economía tampoco lo hará, y por tanto el bienestar de la sociedad seguirá en coma asistido.

El oficio de empleado de banco, concretamente el de oficina, es duro y muchas veces ingrato. Hay bancarios muy formados, con ganas de ayudar a sus clientes, que hacen todo lo posible por conjugar los intereses de sus jefes (hacer ganar dinero al banco) con los

de sus clientes. Hay gente de banca que, además de llevar eficientemente el negocio, sabe tratar a los que le generan ingresos de la forma que se merecen: como la clave de la empresa bancaria.

Tal vez haya personas del sector que se sientan molestas con lo que aquí se narre, sin duda. Casos particulares hay miles y no los conozco todos, ni mucho menos. Sin embargo, a mi modo de ver este libro es más un aliado que un enemigo para los abnegados profesionales de las finanzas. A fin de cuentas, y tras muchas entrevistas con directores, casi todos reclaman lo mismo: que sus empresas les paguen por hacer bien su trabajo, que consiste en captar clientes, fidelizarlos y tenerlos contentos. Y de esto va este libro. Por otra parte escribo lo que ellos no pueden decir, por la política tan inflexible en comunicación que se da en este mundillo. No es extraño encontrar bancarios que, además de temer por su trabajo, pasen más horas que un reloj en la oficina y en la calle visitando a clientes. Además sufren a menudo las iras de sus propios familiares, a los que colocaron productos financieros ruinosos sin saberlo, confiando en lo que los departamentos comerciales y de análisis les decían.

He tenido la inmensa suerte de contar con la voz de un abogado que mantiene contacto directo con el mundo de la banca y que firma con su nombre en la comunidad financiera *online* de Rankia.com: Echevarri. Además de por su experiencia y capacidad para explicar conceptos económicos complejos, este conocedor de los entresijos del sistema bancario nos acercará el sentir de buena parte del colectivo de los empleados de banca. Esta aportación sin duda ofrece voz a los bancarios, una voz independiente que espero refleje las opiniones de muchos de los abnegados trabajadores en activo.

Si eres trabajador de un banco o caja, por tanto, no quemes el libro. Muy al contrario, léelo con la mente abierta y trata de

cambiar esta realidad en la medida que la percibas como inadecuada, que sin quintacolumnistas no hay nada que hacer para arreglar el sistema.

También a los accionistas de las entidades financieras, sus legítimos propietarios, nos dirigimos. Al pequeño accionista, muchas veces tratado como un mero recurso de financiación, le interesará conocer qué hace mal su banco. Sin duda el valor de sus acciones aumentará si además de ganar dinero la entidad aporta valor de forma consistente en el tiempo. Y creo poder afirmar que el accionista, sobre todo el fiel a la firma, quiere poder sentirse orgulloso de la forma de actuar del banco en su negocio diario. Todos los ciudadanos, en realidad, tenemos el derecho a poder sentirnos orgullosos de lo que hacen los bancos en nuestro territorio nacional.

Profesionales financieros de primer nivel, que actúan cada día en los mercados y tienen un punto de vista muy práctico sobre los reguladores bancarios y los propios bancos, también darán una pincelada sobre su percepción del tema. Marc Garrigasait es presidente de Koala Capital Sicav y editor de uno de los blogs más influyentes en cuanto a finanzas se refiere: *Investorsconundrum.com*. En esta bitácora, el autor, a finales de octubre del año 2008, ya pronosticó las cotizaciones futuras de muchos bancos: «En mi opinión el precio de las acciones de la mayoría de bancos europeos y americanos acabará cayendo hasta prácticamente cero». Más claro, agua. Clarividente análisis que pasaron por alto los medios de comunicación tradicionales.

En esta travesía por los brumosos mares bancarios nos acompañarán amigos como Daniel Lacalle, al que conocí por sus escritos en la bitácora «Lleno de energía» en *Cotizalia.com*. Es gestor de uno de los principales *hedge funds* de la City y número uno en el *Extel Oil & Gas 2011*. Español afincado en Londres, su visión

desde dentro y fuera del país nos ayudará a percibir de forma más clara la naturaleza de la crisis financiera que nos atenaza.

Remo Domingo, un peso pesado de los blogs financieros, que participa en Elblogsalmón.com entre otros portales económicos de máximo interés, nos dará su opinión sobre la legislación hipotecaria actual y los problemas que ha demostrado sufrir en épocas de crisis económica como la actual.

Antonio Barahona, gran hombre al que conocí en un programa de televisión opinando sobre las participaciones preferentes y explicando su caso, nos relatará sus malas experiencias con la caja en la que depositó su confianza, que fue, sin duda alguna, traicionada. Este libro busca acercar la realidad de la banca a los lectores, pero también la experiencia de los clientes que, en mayor o menor medida, han sido víctimas de la forma culpable de entender el negocio bancario que se critica en él. Al igual que doy voz a los bancarios, quiero que la experiencia de los clientes afectados también suene alta y clara, y el señor Barahona de eso sabe un rato largo.

Otro cliente y buen amigo, Alcides Ramos, lanzará libremente sus críticas sobre el sistema hipotecario de este país, que tan pocas alegrías ha dado a las familias y a la economía en su conjunto. Son palabras cuyo interés pasa por expresar el sentir de mucha gente, y nos ayudarán a plantear un debate sobre lo que debemos y no debemos dejar en manos del banco a la hora de endeudarnos de por vida.

También hablaremos de políticos y demás ocupantes de los consejos de administración de las cajas de ahorros. Que cada uno de ellos evalúe su comportamiento y decida qué parte de culpa le corresponde, si es capaz de ello. Desde luego, de nada servirá alegar ignorancia para obtener el perdón. La redención requiere de una contrición sincera, lo que está en manos de cada uno. En to-

do caso, para que los bancos cambien será necesario que la casta política de nuestro país también lo haga, ya que de sus decisiones dependen cuestiones tan importantes como el marco jurídico general y el regulador en particular.

La vergonzosa connivencia, cuando no sometimiento, del poder político al financiero está provocando que en España se tomen decisiones tarde y mal, muchas veces actuando solo cuando la presión de la Unión Europea hace imposible seguir postergando las actuaciones. Los tenedores de participaciones preferentes de las cajas nacionalizadas tendrán que asumir quitas importantes en sus acorralados ahorros; cada día más familias que han perdido su trabajo son desalojadas de sus únicos hogares para que el esqueleto de ladrillo que antaño fue un hogar se traspase a precio de saldo a un «banco malo» (Sareb), engendro inmobiliario hecho a imagen y semejanza de los bancos malos. Y mientras tanto, en lugar de tener a nuestro lado a los políticos, cuyo poder emana del pueblo soberano, se dedican a hacer todo lo posible para que nada cambie. O peor, que empeore aún más.

Sin un cliente fiel y satisfecho las empresas no tienen futuro. Con todas las peculiaridades que queramos encontrar, los bancos son empresas. El cliente bancario ha sido el último de la fila en cuestión de toma de decisiones, tratado muchas veces casi como un mal necesario. Pero el cliente es quien ha de determinar lo que quiere que sea su banco, no al revés. A cada uno de los sufridos clientes bancarios que no han recibido de su entidad lo que necesitaban o incluso han recibido lo que no querían, se dirige este libro.

No quiero terminar este capítulo inicial sin mencionar los colectivos que se han visto directamente afectados por una deuda que

no es suya, el rescate financiero, pero que están pagando: los desempleados, cuyo subsidio empeora; los empleados públicos, que ven desaparecer en el tiempo su paga de Navidad; los pensionistas, que no ven compensados sus ingresos en función del IPC y enfrentan mayores gastos sanitarios; y las familias, que apenas llegan a fin de mes y encima han de hacer frente a un IRPF y un IVA más altos, entre otros tributos al alza. También debo hacer mención al colectivo de los autónomos, vilipendiados por políticos y sindicatos, cuando no por las propias organizaciones patronales. Muchos de estos trabajadores por cuenta propia, verdaderos motores de la creación de riqueza y empleo en el país, se ven abocados a la ruina por no poder mantener sus negocios, por la caída del consumo, por el sálvese quien pueda que la restricción repentina y brutal del crédito ha provocado, por la voracidad recaudatoria de las administraciones públicas y por un marco legal que les tiene olvidados.

A la sociedad en su conjunto, en definitiva, va dirigido este libro. Contiene una crítica, es cierto, pero también una reflexión sincera para que nunca volvamos a vivir una situación semejante, propiciada por unos cuantos y que pagaremos todos.

La economía se tiene que entender

Siempre digo que si lo que un economista explica no se entiende, es que no domina el tema con la suficiente profundidad. Las finanzas tienen su complicación, pero como cualquier otra disciplina se puede llegar a comprender bien sin necesidad de ser un experto en la materia. Me comprometo a intentar explicar de forma asequible cada uno de los conceptos financieros que vayan apareciendo a lo largo de estas páginas. No solo eso, sino que me marco como objetivo irrenunciable que la lectura sea amena y divertida, usando

ejemplos de la vida real siempre que sea posible. Una de mis preciadas lectoras será mi abuela Magdalena y espero que disfrute de este texto, como lo espero de cada uno de vosotros.

Sencillo y divertido no significa insustancial o superficial, en absoluto. Lo cortés no quita lo valiente. Me gustaría que los profesionales de la economía que se decidan a explorar el contenido de esta obra no se sientan defraudados. Una cosa es explicar los términos para que todos los entiendan y otra muy distinta no ser preciso en su uso. En la medida de mis conocimientos y capacidades, profundizaré y puntualizaré en todo lo que enriquezca al lector y apuntale el cuerpo explicativo de mis tesis. Me ayudaré de la ironía, el sarcasmo y el humor, no porque el tema no sea lo suficientemente importante y grave como para que no nos lo tomemos muy en serio, sino con un fin didáctico. No sería capaz de escribir si me aburriera el resultado y, lo confieso, no me gusta tomarme las cosas demasiado en serio o, mejor dicho, con demasiada solemnidad. Además, para mí sería un éxito supremo si alguno de mis lectores, afectados por algunas de las prácticas y productos culpables, pudiera sonreír y desconectar de sus preocupaciones por unos instantes. Ver que no estamos solos en nuestra pesadumbre, que no somos tan culpables de nuestra situación como creíamos, que muchos de nuestros errores han sido inducidos, aprender qué hemos hecho mal y qué debemos hacer para no repetirlo, espero que ayude en estos momentos de penalidad.

La economía, las finanzas personales, se tienen que entender. Diría más: tenemos la obligación de entenderlas. La cultura financiera que cada uno de nosotros adquiera es la única vacuna a los virus de la desinformación económica que tratan de inocularnos día a día, el personal antídoto al veneno de las recomendaciones viciadas en la contratación de productos bancarios.